

Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Núm. 38 Vol. IV
Enero-Diciembre 2011

Historia



UANL®



Dr. Jesús Áncer Rodríguez
Rector

Ing. Rogelio G. Garza Rivera
Secretario General

Dr. Ubaldo Ortiz Méndez
Secretario Académico

Lic. Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Dr. Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Lic. Alfonso Rangel Guerra
Director del Centro de Estudios Humanísticos
Editor responsable

Mtro. Francisco Ruiz Solís
Corrección de estilo y cuidado editorial

Lic. Juan José Muñoz Mendoza
Diseño

Lic. Adriana López Montemayor
Circulación y administración

Humanitas, Año 38, N° 38, Vol. IV. *Historia*. Enero-Diciembre 2011. Fecha de publicación: 30 de marzo de 2012. Revista anual, editada y publicada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Domicilio de la publicación: Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, piso 1º, Av. Alfonso Reyes, No. 4000 Nte., Col. Regina, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440. Tel. + 52 81 83294000 ext. 6533. Fax: +52 81 83 29 40 00 ext. 6556. Impresa por la Imprenta Universitaria, Ciudad Universitaria s/n, C.P. 66451, San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México. Fecha de terminación de impresión 15 de marzo de 2012.

Tiraje: 500 ejemplares.

Número de Reserva de Derechos al uso exclusivo del título *Humanitas* otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor: 04-2009-091012392000-102, de fecha 10 de septiembre de 2009. Número de certificado de licitud de título y contenido: 14,909, de fecha 16 de agosto de 2010, concedido ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. ISSN: 2007-1620. Registro de marca ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial: 1,169,990.

Las opiniones y contenidos expresados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores.
Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier forma o medio, del contenido editorial de este número.

HUMANITAS ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2011

Historia

Israel Cavazos Garza
Coeditor

Homenaje bibliográfico para el historiador Ernesto de la Torre Villar

Luis Rubló*

CASI EN LA ADOLESCENCIA conocí al maestro Ernesto de la Torre Villar; ya durante la juventud fue mi maestro en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM). Más adelante tuve el honor de participar, a su llamado, de esa generación de bibliógrafos, los últimos investigadores del viejo Instituto Bibliográfico Mexicano fundado a principios del siglo XX por el Dr. Nicolás León y primeros del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la propia Universidad Nacional Autónoma de México.

Llevamos una amistad tan cercana, según me daba igual trato que a sus hijos José Miguel, Alejandro y Rodrigo y a la única mujer de sus vástagos, Beatriz Esperanza, “La Chiquis” y junto a su dulcísima cuánto erudita esposa, la maestra Esperanza Yarza de De la Torre, autora de un excelente libro, *Volcanes de México*. Pasajes y anécdotas compartimos, inolvidables, más aún cuando mucho nos unió la afición por el deporte: las caminatas de veinte, cincuenta kilómetros, pasear a caballo y andar pueblos y ciudades de norte a sur y de oriente a poniente, divertidos.

* Presidente de la Academia de la Hidalguense de la Historia.

Don Ernesto no sólo fue un historiador de gabinete. Gustó del viaje por cualquier medio, preferentemente a pie, para localizar rutas históricas: los escenarios de las campañas militares de Hidalgo y Morelos y de cómo anduvo Juárez con la República trashumante, o de qué manera había tragado sus pueblos hospitales don Vasco de Quiroga, son ejemplos. Y, francamente, creo fui su discípulo que en ello le aprendió bastante, en tanto prosigo esas lecciones. Su producción es enorme, así por los títulos de libros, folletos, ensayos y artículos, como por la monumentalidad de algunas de sus memorables piezas. El espíritu del historiador afanado en ser justo por la apreciación; el escritor cuidadoso del lenguaje para transmitir el mensaje reclamado según su vocación; el investigador que no puede permitirse dejar huecos y busca hasta hallar los documentos que contribuyen a constatar y dar vida a un pasado, el que no puede ser así nada más “pasado”, sino experiencia útil para la vida.

“Nací en un pueblo de la sierra de Puebla, Tlatlauqui, el 24 de abril de 1917”, escribió él mismo en una nota curricular. Otra ocasión reveló su *ideario íntimo*, en la entrevista que le hiciera, (la que publiqué en 1965 en el célebre suplemento ya desaparecido, *México en la Cultura*, el que no ha sido superado, tanto más por su gran liberalidad y por encima de ‘mafias’). Murió el 7 de enero de 2009, muy cercano a ajustar los 95 años. Fue abogado, egresado la antigua Escuela Nacional de Jurisprudencia Facultad de Derecho (UNAM) y en el Colegio de México hizo sus estudios de historia dar y ahí obtuvo el grado de maestría. Después, becado, pasó a la Escuela de Altos Estudios de la Universidad de La Sorbona, en París para doctorarse. Regresó a México y en las instituciones donde comenzó sus estudios profesionales: El Colegio de México y la Facultad de Filosofía y Letras, “me abrieron sus puertas”, lo dijo, para la cátedra y la investigación, toda su vida. La última vez que lo vi, mayo de 2008, muy delicado de salud, sin embargo lo encontré escribe y escribe, (al parecer más bien dictaba), alrededor de la vida de personajes mexicanos del siglo XII. Me contó de su proyecto para integrar un sexto tomo de sus *Lecturas Históricas Mexicanas*, para con ello cerrar una historia de la historiografía mexicana en el siglo XX. Leía y leía;

y sí como lo fui a saludar —lo había hecho antes en igual forma—, otros de mis compañeros de generación, o de otras de antes y de después, lo seguían, porque fue maestro por excelencia, tanto como un historiador guía.

Esta oportunidad quiero rendir un tributo al querido maestro, por medio de las siguientes páginas. Sentí muchísimo su partida y lo extrañaré, naturalmente; y creo, el mejor homenaje es leerlo, en tanto nos dejó muchísimas páginas orientadoras, aleccionadoras y bellas.

Aquí trato de recensiones a libros, los que me parecen representativos. Hubiese deseado extenderme, para dar cuenta de mayor número de títulos. Cuando me invitaron para un homenaje póstumo, solicitaron de mí, al saber costumbre personal de señalar “trilogías” o “pentateucos”, libros los ms importantes de determinados escritores de mi preferencia, cuando de ellos hago homenaje: “pues háblanos según tu, de un pentateuco del maestro De la Torre”; esto es, escoger cinco de sus libros para comentarlos: hacer bibliografía de un bibliógrafo.

Cuando llegó el momento, claro, no sólo hablé de cinco libros, porque eso no es posible para su caso y las reseñas las hice oralmente, sin apuntes. Ahora aprovecho la oportunidad para expresar en “cédulas” lo que dije esa noche. Tales “cédulas” las acomodo u orden o, según el año de la primera edición de cada obra escogida.

El triunfo de la República liberal 1857—1860. (Selección de testimonios de la Guerra de Tres años, con un estudio preliminar y notas), México, Fondo de Cultura Económica, 1960, LVI. 312 pp.

Un historiador serio, un investigador escrupuloso, un maestro de veras abnegado, don Ernesto supo por experiencia la necesidad de tener a la mano textos, no “escritos por los vencedores”, no los puestos en duda por quisquillosos, (luego califican de “historia oficial”, libros aun así valiosos y certeros; de ahí, cómo con la oportunidad a su. alcance él mismo produjo libros reconocidos para serlo de consulta, de estudio y con una suma de documentos irrefutables, los que muestran la verdad previamente narrada con tanta sencillez como con elegancia, la de alguien capacitado por el estudio cotidiano, como por su sensibilidad a flor.

Uno de esos textos preparados por él, es este: *El triunfo de la República liberal 1857—1860*; y vaya, cómo resultó acogido por colegios de enseñanza media y superior, porque en tal periodo tratado, se precisa conocer la verdad histórica aun con el realismo más crudo y, derivado de ello, las consideraciones más prudentes, más sensatas. Las sesenta y seis páginas preliminares constituyen su estudio, tan profundo como debemos agradecerlo, tras un análisis en relación con hechos, hombres y circunstancias que sacudieron a México durante años de turbulencias cuando el país habla sufrido ya, un considerable cercenamiento de su otrora dilatado territorio. Y me detengo para transcribir siquiera dos párrafos, los que me parecen corresponder a mi opinión al respecto: uno que pareciera verdadero resumen —en verdad todo el estudio en su brevedad es resumen de una etapa difícilísima de nuestra historia, en su narración—, de lo escrito por el maestro; otro, por el que llama a la consideración del partido que tuvo que sucumbir, pero que no por ello perdió ni la dignidad de una presencia patriótica también, aunque parezca equivocada, ni el derecho histórico a ser escuchado.

Aquí el primer párrafo referido:

“La tenacidad y el alto espíritu de sacrificio de (Santos) Degollado, el pensamiento incorruptible de (Melchor) Ocampo, la inteligente superioridad de (Miguel) Lerdo, el brío torrencial de (Guillermo) Prieto, el valor y heroísmo de (Ignacio) Zaragoza, de (Leandro) Valle, de (Jesús) González Ortega, pero sobre todo la implacable perseverancia de (Benito) Juárez que hizo suyas las palabras de Focio tan caras a Ocampo: ‘No es lícito al ciudadano desesperar de la salvación de la patria’ representaron las virtudes que dieron a la causa liberal el triunfo”.

El segundo:

“Este ideario, como resulta más conveniente designarlo, lo hemos agrupado en torno a los temas centrales de la polémica que se establece durante los tres años de contienda, polémica que ganó el grupo reformista, sin negar por ello el alto valor que tiene la pluma

del mejor defensor de los conservadores, Clemente de Jesús Munguía, quien espera hace tiempo un estudio que pueda aquilatar sus enormes méritos”.

Acerca de Munguía, el obispo de Michoacán, preparaba más allá de una semblanza, don Ernesto de la Torre Villar y de ello me platicó, entre otros detalles, la última oportunidad que tuve de charlar con él —mayo de 2008—. Pero por mientras estas simples líneas traslucen el sentimiento y el pensamiento de justicia de nuestro autor.

La Constitución de Apatzingán y los creadores del Estado Mexicano, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1964, 439 pp. (Publicación núm. 92, serie documental, núm. 5).

Obra de jurista e historiador, *La Constitución de Apatzingán y los creadores del Estado Mexicano*, es título que destaca de la tensa bibliografía del Dr. De la Torre Villar. Detiene su anal: en el proceso en las ideas y acciones de hombres: letrados quienes mostraron conocimientos e ingenio, caudillos entonces indispensables, aguerridos, pero a la vez conscientes y orientados por un sanísimo sentido común, surgidos del bajo clero unos, del campo las ciudades provincianas, otros; y, sin embargo, de ninguna manera improvisados. Aquí el historiador pone sobre la mesa los documentos: proyectos, cartas, apuntes, notas de aquellos hombres de la insurgencia; aquí el jurista deslinda doctrinas en derecho, pensamientos legistas del exterior y del interior de la patria, la cual surgía; aquí se contempla paso a paso, cómo, por último se produjo un notable documento, la primera Constitución política mexicana; y atendamos al maestro De la Torre: no se trata tan sólo de un antecedente en el derecho constitucional mexicano; pero muchísimo más, la primera Constitución en toda forma, porque entre los insurrectos fue estudiada en un Congreso constituido y representativo, jurada solemnemente, sancionada al ser publicada, y por último considerada en vigencia. En su contenido consagraba los derechos humanos:

“La felicidad del pueblo y de cada uno de sus ciudadanos, —decía su artículo 24—, consiste en el goce de la igualdad, seguridad, propiedad y libertad. La íntegra conservación de estos derechos es el objeto de la institución de los gobiernos, y el único fin de las asociaciones políticas”.

Yo creo, cómo este importante libro, arroja luz, tanto más para apreciar una conciencia de seria responsabilidad de aquellos héroes, Morelos, López Rayón, Quintana Roo, Vicente de Santa María, Carlos María de Bustamante, José María Cos, José María Liceaga, etc., quienes, además de reflejar ideas jurídicas “de Locke, Hume, Paine, Burke, las de Montesquieu, Rousseau, Bentham, Jefferson, las de Feijoo, Mariana, Suárez, Martínez Marina”; por propias experiencias, reconocimiento a los problemas sociales de la Nueva España, la que de hecho fenecía y los pocos, pero dramática, trágicamente experimentales de la guerra de independencia, los condujo a establecer aquella Primera Carta Magna de 1814.

Don Ernesto, quien advierte a un tiempo, cómo el contenido de esa *Constitución de Apatzingán* se difundió una y varias veces, demostrando con ello tal vigencia y reconocimiento, tiene esta conclusión:

“La Constitución de Apatzingán, obra elaborada como las grandes y auténticas epopeyas, entre el fragor de las batallas, cerca del vivac de los soldados, entre ásperas montañas y caudalosos ríos de las cálidas tierras michoacanas, es el fruto mejor de un pequeño grupo de licenciados y canonistas henchidos de fe y de entusiasmo por el futuro de México, quienes sacrificando su vida y su bienestar, quisieron dejarnos la base primera de nuestra felicidad y grandeza. Con esa obra que representa cuanto de mejor existía por ese momento en el desarrollo político, y la cual como toda acción humana es imperfecta y perfectible, se rebela el noble anhelo de un pueblo que buscaba dar a sus ansias de libertad, un cauce civilizador, una forma y un contenido superiores. ...”

Leyeras en ese documento, serenamente considerado, notaremos, según expresara Morelos, los sentimientos de una nación: México,

que surgía como genuino Estado entre los Estados del Mundo.

Lecturas históricas mexicanas, 5 vols. Selección, prefacio, notas y tablas cronológicas, México, Empresas Editoriales, 1966—1971. T. I. 764 pp. De textos prehispánicos y primeros cronistas de la conquista, s. XVI a José Mariano Beristáin de Souza (1756), 76 autores. T. II. 761 p. De Fray Vicente de Santa María (1755?), a Miguel Salinas (1838), 71 autores; T. III. 768 p. De Nicolás León (1859), a Francisco L. Urquizo (1891), 81 autores; T. IV. 766 p. De Gildardo Magaña (1891), a José Miguel Quintana y Gómez Daza, (1908), 75 autor es; T. V. 818p. De Antonio Pérez Verdía, (1876), a Carlos J. Sierra, (1933), 56 autores. 359 historiadores antologados, en total.

Investigadores e historiadores particularmente, pero asimismo el lector en general, estarán por siempre agradecidos por ciertos grandes empeños de don Ernesto, quien se propuso —y lo logró—, establecer cuerpos documentales, verdaderos monumentos sólidos, en los cuales la historia mexicana resplandece de veras.

Destacan tres, pero son varios más: *Lecturas históricas mexicanas*, en el que se congregan trescientos cincuenta y nueve historiadores bío-bibliografiados y con algún texto representativo (1966—1971); *Testimonios históricos guadalupanos*, conjunta códices, codicilos, documentos históricos y tradicionales, los más reputados en torno al “hecho guadalupano”, treinta y dos piezas (1982); e *Instrucciones y memorias de los virreyes novohispanos*, la colección más completa que jamás se haya intentado, por la que se refleja todo carácter del periodo virreinal en el territorio otrora Nueva España (1991). Aparte de sus muchos libros personales, según el historiador de tiempo más que completo, todavía se dio a la tarea que espíritus emprendedores, a sabiendas del valiosísimo instrumental que representan compilaciones semejantes, los hacen de modo benemérito para auxiliar a los demás interesados, facilitándoles en ahorro de esfuerzo y tiempo. A tales espíritus heroicos en los que cuentan, digamos: Juan Eusebio Hernández y Dávalos, Joaquín García Icazbalceta, Genaro García, etc., agreguemos el nombre de Ernesto de la Torre Villar.

Ahora nada más me referiré a sus *Lecturas históricas mexicanas*. En virtud de su atingencia y experiencia, don Ernesto convocó a estos trescientos cincuenta y nueve, historiadores rigurosos, serios, de todas las generaciones en los siglos de la historia nacional, “vencidos y vencedores”, de una corriente o de otra opuesta, de diferentes latitudes provinciales, pero unidos genuinamente en torno a una sola consideración: la verdad en la historia, dicha hasta donde esto puede ser posible, con la *más* absoluta buena fe.

En este gran cuerpo historiográfico no pueden existir “historias oficiales”, ni parcialidades preferenciales. En su extenso estudio De la Torre mismo se explica:

“... A través de estas lecturas ofrecemos un panorama amplio del desarrollo histórico de México, trazado por los mismos actores de su historia y por los cultores de ella más sobresalientes. De esta suerte las razones íntimas de los acontecimientos, la explicación de los fenómenos más importantes, el planteamiento de los problemas más radicales, y también su solución, nos son revelados por los hombres que en ellos intervinieron. ¿Qué mejor manera de acercarse a la verdad, o por lo menos a su esclarecimiento, que el poder oír a los propios testigos y actores, escuchar su voz, sentir la vibración de sus impulsos, la violencia acelerada de sus pasiones, el brotar sereno de sus virtudes?”.

Y adviene el gran acontecimiento: de veras escuchar a unos y a los otros; ya la narración de los mensajeros de Moctezuma y los cronistas indígenas que siguieron de frente a Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo y entre estos últimos, un Fray Bartolomé de las Casas; e tener los textos de antes de descubrimientos y conquistas de las diversas civilizaciones prehispánicas, de las que existen suficientes documentos. Pero así luego se suceden las etapas, esas según estudiamos nuestra historia mexicana: la conquista, el virreinato, la etapa independentista o insurgente, el primer imperio, la primera república, el primero y el segundo constitucionalismo del siglo XIX, la guerra de tres años, la reforma, el segundo imperio, el porfiriato, la revolución de 1910, el constitucionalismo de 1917,

la cristiada y el cardenismo; y se perciben voces autorizadas de todos, se palpa la verdad histórica de nuestra realidad mexicana en su dramatismo y tragedias; en su realidad asimismo en la cultura, en las artes; emergen personajes, los más representativos a los que nadie, ni los opositores en ideas o gustos pudieran negar nunca.

Por supuesto, en una obra de esta magnitud, dada en cinco robustos volúmenes, (como cinco toneles de oro, según alguna vez lo dije); todo un andamiaje perfectamente estructurado y seguramente para hacerse, muy completo; cabe tener por hecha una profunda como larga reflexión, principios de una filosofía de la historia mexicana, el conocimiento de la misma, el reconocimiento a pensamientos y sentimientos surgidos en siglos y conseguir, finalmente una armonía, que a ello, al fin y al cabo, nos debe conducir la verdad verdadera e histórica; pues de otra suerte, el engaño, la mentira disfrazada, la intolerancia para sólo escuchar nada más lo que nos gusta escuchar, casi a capricho por razones políticas, religiosas, sociales, étnicas, etc., es dar lugar a la antihistoria y destruir lo que por cruentos esfuerzos logramos adquirir bien, finalmente. Y es cuando aquel refrán que reza: el que no reconoce y sabe su historia, está condenado a vivirla otra vez.

Excelente lección nos da el maestro de historia, aquí, para saber de nuestra realidad y proseguir hacia adelante.

La Intervención francesa y el triunfo de la República. (Introducción, selección y notas), México, Fondo de Cultura Económica, 1968, 449 pp.

A la edición de *El triunfo de la República liberal*, se hizo indispensable formar otro tomo y completar el análisis histórico y agregar demás testimonios, para seguir igual método, en relación con la siguiente etapa en la sangrienta evolución secular de nuestro país, con este título: *La Intervención francesa y el triunfo de la República*. Este libro corrió igual suerte de aceptación en la preferencia de los lectores, en especial de los estudiosos y de los estudiantes, así los de educación media como superior. En todo, don Ernesto prosiguió sus métodos, reitero: así su estudio introductivo, justo, sin rebuscamientos, comprensivo, lo

más objetivo posible, culminando, como siempre según su costumbre, con un acopio de documentos de primera mano, encontrados así en los papeles de archivo como en publicaciones de tan añosas, raras, únicamente asequibles en repositorios, los que corroboran sus juicios de historiador, pero permiten a un tiempo, consultarlos por cualquier interesado. Exactamente es como si un juez dictara una sentencia y exhibiera juntamente las pruebas por las cuales procedió, en justicia, según la probidad de su conducta.

Rico, riquísimo es este volumen, consecuentemente.

A las opiniones del autor, como esta por ejemplo: “la victoria se obtuvo merced a un gran esfuerzo colectivo del que tuvieron plena conciencia nuestros próceres. La autodeterminación, había costado muchos sacrificios que no debían ser estériles, por ello había que defender a todo trance ese principio, sellado con la sangre de la nación entera...La República venció a sus enemigos del exterior, gracias a que tras ella estuvo la nación entera, conducida por hombres de calidad extraordinaria: estadistas, políticos, filósofos, educadores, militares, poetas, pero no solos, sino acompasados por su pueblo de donde arrancaban sus virtudes”; digo que a opiniones a como la referida, se va/las pruebas en documentos: sí, lo dicho por estadistas y juristas como el presidente Juárez y el francés Julio Gabriel Favre; sí filósofos y educadores como aquellos dos notables Ignacio mexicanos: Altamirano y Ramírez, “El Nigromante”; sí militares como los generales Ramón Corona, Ignacio Mejía y Mariano Escobedo; sí los poetas como, otra vez, el cantor del pueblo mexicano en su tiempo, Fidel, don Guillermo Prieto, etc. Esas voces se escucharán siempre.

Pero don Ernesto contempla todas las aristas de situación tan delicada: las relaciones entonces con Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España y las otras naciones europeas y las sudamericanas. Tiene estas frases relacionadas con el caso Estados Unidos:

“...La política estadounidense, es verdad no fue definida sino contradictoria, y no fue del todo franca y leal con México, al que abandonó a su suerte. El Departamento de Estado, llevado en buena parte por William Seward, tuvo una actitud poco favorable a la

causa liberal, estuvo sujeto a las presiones exteriores de una Europa que se consideraba en lo político la directora del mundo...”

Momentos patéticos vividos entonces por México, sometido de repente, ya ni siquiera a un imperio mexicano encabezado por un príncipe austriaco, sino a tras mano, por el imperio de Napoleón III, de no existir la autoridad moral de una República trashumante pero —dramáticamente cierta que terminó, dramáticamente por imponerse al final de cuentas.

Las páginas de este libro, así por cuanto hace al sabio estudio de De la Torre Villar, como por los textos incluidos en su ‘corpus’, constituyen una obra fundamental.

Mexicanos ilustres, 2 vols.; México, Editorial JUS, 1979, T. I. 229 pp.; T. II. 354 pp.

El 13 de marzo de 1970, ingresó don Ernesto a la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española. Lo hizo la lectura reglamentaria de un discurso y éste bajo el título *biografía en las letras históricas mexicanas*. Creo hizo lo natural exactamente, en tanto a bien seguro él mismo, biógrafo, sintió ser más escritor, sintió mayor cercanía con el espíritu creador humano. Queremos a De la Torre narrador, sí; está en sus libros de historia, pero más delicado, más elocuente, más artista incluso, cuando el hombre habla del hombre. Retrata. Sus trazos verbales equivalen pinceladas finas, que traen la imagen del personaje tratado: el rostro, las actitudes, los gestos y lo mejor: el espíritu reflejado lo mismo si ese personaje, hombre o mujer, de hace siglos o contemporáneo suyo, de pensamiento, sentimiento o de acción, se hace notable y mucho muy vivo. Aprovecha el escritor todo recurso físico o metafísico en equilibrio, De la Torre siempre permaneció en equilibrio; y si el héroe en trato es del remoto pasado, recrea el ambiente según la documentación y sus percepciones entran en juego; si se trata de alguien de su propia época, se convierte asimismo en un cronista. El biógrafo tiene a su disposición circunstancias de todo tipo y entonces hay pasaje en sus semblanzas: véase cómo retrata a Francisco de la Maza en el entorno

angelopolitano de variada geomorfología, para explicar el gusto por el barroco de su colega. Léase igualmente el estudio, porque eso es también, consagrado al maestro Rafael Heliodoro Valle y conoceremos íntimos pensamientos y sentimientos de un maestro cabal. O del pasado, notables son los retratos dedicados ya a don Vasco de Quiroga o a don Juan José de Eguiara y Eguren. Sí, el escritor Ernesto de la torre Villar está espléndido en la biografía.

Con todo veo en estos tomos, la decisión del autor por dedicar al género y nada más que al género, una obra, ¡bien hizo! Estos volúmenes constituyen una obra de arte literario, deleita y su galería impresiona. Pero si se juntaran tantísimos retratos, algunos magnos el de Eguiara no está comprendido en este título, por ejemplo—, otros quizá sólo bosquejados, tendríamos espléndidos volúmenes magistrales. En sus prólogos, voy a decirlo, a antologías que entregó para la **Biblioteca del Estudiante Universitario**, hay excelente material; en discursos los cuales cumplieron con una finalidad de parecer efímero, dentro de los cuales recordó a algún personaje señero o si se piensa modesto pero revestido de interés.

Aquí quiero detenerme en un caso de excepción feliz, porque apunta a otra obra maestra que nada más en un ingenio según el suyo, pudo darse: el establecimiento de una obra colosal: *Lecturas históricas mexicanas*, en cinco robustos volúmenes (1966—1971), los cuales abarcan nuestra historiografía desde tiempos prehispánicos hasta los historiadores de México, nacidos durante la década de los años treinta del pasado siglo, 360 autores que considero representativos y al simplemente establecer por cada quien, una cédula, si en el intento no hay precisamente un retrato, la labor por subjetiva, a veces establece ligero apunte, siquiera lineal, que retrata a alguien; para el caso, amplía datos biográficos, bibliográficos y aun críticos por cada uno de quienes desfilan y son cédulas que anteceden a los trozos seleccionados. Alguna vez, don Ernesto me reveló queriéndolo o no, su labor por la que buscó justicia, precisión y objetividad, pese a tratarse de selecciones; y si, su trabajo requirió, no digamos conocimientos, lecturas, pero mucho más: el cuidado, ¡exacto!, para ser de veras justo. Y son biografías pequeñas, pero a

las que nada falta, en lo sustancial. Estos sus *mexicanos ilustres*, son obra de lustre.

Breve historia del libro en México (1987) Tres ediciones: 1987, 1990 y la 3a., 1999, corregida y aumentada. México, U.N.A.M., Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 1999, 239 pp., ilus.

En el caso del maestro Ernesto de la Torre, un libro que trata del libro como instrumento de civilización y cultura, es autobiográfico. Acaso por eso, aún sin pretenderlo, lo inicia con una nota de la mayor intimidad: su madre está presente, en tanto escribe: "... en la lectura se vive una vida interior más intensa y se satisface espíritu e intelecto, me impulsó desde niño a amar el libro, a entregarle vigiliass y descansos, a penetrar en él como un espíritu penetra al ser amado. Mucha de esa dedicación la debo a mi madre que la propicié con alegría..."

En una reconcentración desde su yo experimentado en lecturas, análisis de libros, erudición amplísima, elaboró esta historia, si breve muy suficiente, si para México, no sólo localizada pero con referentes universales. Ahí cuentan los valores de nuestros antiguos códices, nahuas, mayas, mixteco-zapotecas y tarascos, los prehispánicos y los surgidos durante el encuentro de ambos mundos, sobrevivientes y enriquecedores de la cultura, de la que De la torre no pierde el hilo conductor ante los vestigios bibliográficos de otras tierras y otros tiempos y al tratar de éstos igual como antecedente en la materia se acuerda de "uno de los escritos fundamentales de la civilización occidental, el *Evangelio de San Juan*, ese evangelio de amor, el que inicia con una afirmación ontológica: "En el principio era el verbo"; y tal enunciado arranca a nuestro autor más allá de reflexiones en torno al verbo, alimento del libro. Pienso que esta obra, *Breve historia del libro en México*, es guía fundamental en su orden. Conciso, sí, elegante en el discurrir, lleva al lector al conocimiento y al reconocimiento de autores y libros heroicos, casi todos; de editores y publicistas, no menos heroicos; de bibliotecas públicas y algunas privadas y muy notables; de *ex—libris* y sellos de protección de una

propiedad; y, claro, de las monumentales bibliografías preparadas, como recuentos civilizadores de la nación, siglo por siglo. Y las reflexiones se acompañan por el arte de don Ernesto, para integrar sus libros, con utilísimos índices, con bibliografías alrededor del tema, no lo olvidemos, sólo el libro como objeto que abre las puertas del entendimiento. Su *Breve historia del libro en México*, se dio entre otros de su autor, anteriores o de aparición posterior, los que sin embargo preparaba sin descanso. De hace muchísimo le conocí — años cincuenta del siglo XX—, sus apuntes en torno a la Biblioteca Palafoxiana de Puebla, en las páginas del *Boletín Bibliográfico* de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público y bastante más tarde otro libro en el cual escribió excelentes páginas sobre la misma histórica Biblioteca angelopolitana, “El Colegio de San Juan, centro de formación de la cultura poblana” (2007); y entre ambos estudios, claro, se hallan su edición de la *Biblioteca Mexicana de Eguiara y Eguren*, (1986) y la utilísima *Historia de sabios novohispanos*, con páginas del propio primer bibliógrafo de México, con un brillante estudio: *Juan José de Eguiara y Eguren. El hombre y su tiempo*, (1998), más muchos ensayos y notas de su amplia bibliografía.

Pero esta su *Breve historia* sin dudarle está entre sus libros fundamentales, por ser en sí un resumen crítico, analítico en su género. Para decirlo como lo dijera él: preciosa herencia espiritual, eso representan los libros.

La Independencia de México (Primera edición, Madrid, Editorial MAPFRE, 1992), 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 304 pp.

Catedrático universitario especializado en Independencia de México, extendió sus cursos hacia estudios del tema, pero también en Hispanoamérica; aún trató del caso, pero en relación con todo el Continente, incluidos Canadá, Estados Unidos, Brasil y los demás estados de esta parte del mundo. Su dinamismo, su perseverancia, sus cuidados y rigor metódico, lo llevaron al conocimiento de documentación impresionante, la que maneó obteniendo resultados, los que a la vista de su propia obra publicada, es notable un

desarrollo, mismo que observamos en integridad en esta obra recia, muy objetiva, muy científica: La Independencia de México.

Siquiera pretendo llamar la atención a anteriores logros, en referencia al tema del movimiento emancipador, sobre todo de México, por su orden de edición: 1. “Dos proyectos para la Independencia de Hispanoamérica: James Workman y Aaron Burr”, de 1961, por dicho estudio hace notar dos circunstancias importantes: a) Se trataba más bien de intenciones expansionistas, con el supuesto respeto a condiciones las más variadas en razas, religiones, lenguas, costumbres, etc., por parte de los Estados Unidos; y, b) Se advierten las influencias de pensamiento político, de los Estados Unidos, su caso independentista y sus logros como república, sobre las futuras naciones hispanoamericanas; 2. “La Iglesia en México. De la Independencia a la Reforma”, 1962; 3. “La Independencia Mexicana”, un texto breve, de 1962, publicado en Buenos Aires por la Academia Nacional de la Historia, el que se contempla como un programa, el que siguió con ejemplar cuidado, hasta llegar al volumen que reseño ahora; 4. *La Constitución de Apatzingán y los creadores del Estado Mexicano*, 1964, obra por sí fundamental, pero de la que recogió ideas precisas; 5. *Los ‘Guadalupes’ y la Independencia*, 1966, igual, de esta obra también tomó propios apuntes e ilustraciones documentales interesantísimos; 6. *Independencia mexicana*, en tres volúmenes, 1982, un paso anterior a su gran síntesis, generosamente enriquecido con documentalía a propósito. Posteriormente siguió con otras páginas, según lo observaremos.

Pero esta obra, surgida al calor de conmemoraciones y festejos por el “V Centenario del Encuentro de Dos Mundos”, está llamada a ser texto trascendental, fundamental, de consulta. Consiguió el Dr. Ernesto de la Torre Villar, así lo creo, un libro clásico acerca del tema y producido en la segunda mitad del siglo XX, con más características todavía: serenidad en sus juicios, consecuentemente justos; elegancia en sus expresiones, entonces, literariamente un libro como pocos en la historiografía temática; documentado hasta donde le fue posible al autor —y pudo muchísimo—, de modo que

hay ahí toda prueba según su honesta interpretación de hechos, acciones, conductas de los personajes que se mueven en la historia que narró, después, bien se mira, de años y años de trabajo, de esfuerzo.

En esta historia, hay ajustes, rectificaciones, confirmaciones, reconsideraciones y todo ello, no sólo por la buena fe del autor; pero con las probanzas documentales adjuntas, a su vez calificadas. Acaso por eso en los apéndices del libro, tan útiles todos, el primero un ***Pantheon***, esto es; un monumento funerario dentro del cual caben varias personalidades representativas, algunas bastante polémicas, pero quienes integran una muy verdadera historia; y denomina al maestro De la Torre Villar, así: “Breves semblanzas de los principales actores en la Guerra de Independencia” y selecciona los nombres bajo riguroso orden alfabético.

Temas de la Insurgencia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2000, 510 pp.

¿Por qué escojo este libro para comentarlo cuando menos un poco? Porque reitera con singularidades el tema de especialización de su autor; porque recoge ensayos del mayor interés, los cuales habían permanecido en hemerografía muy especializada; porque el vigor con el que trata a ciertos personajes, refleja la propia particularidad del que escribe, un maestro que sabe serlo y por ello trasmite lecciones humanamente ejemplares, y, porque es un libro bellamente escrito en última instancia y esto de ‘última instancia’, lo digo en razón de un remate, una culminación del arte de escribir, exactamente. Para comenzar recoge aquel ensayo, mejorado, de la mayor importancia en la historia independentista de América, revelador para comprensión: “Dos proyectos para la Independencia de Hispanoamérica: James Workman y Aaron Burr”, aparecido en 1961; y, a un tiempo igualmente rescata para una bibliografía formal, desde nuestra Universidad Nacional Autónoma de México, otros apuntes no menos trascendentes. Vemos cuadros en los que destacan figuras egregias de nuestra insurgencia a partir de 1810 y hasta la

consumación del movimiento en 1821 y primeros pasos del México ya independiente; figuras para quienes el maestro De la Jorre tuvo más que simple atención, así porque a algunas de ellas les dedicó aparte páginas dispuestas para otros libros en los que recoge a su vez papeles, escritos, el ejemplo de Jadeo Simón Ortíz de Ayala, el de Fray Servando Teresa de Mier; o bien, aquel grupo constituyente de una sociedad secreta, la que hizo muchísimo por la Independencia de México, ‘Los Guadalupe’, con aquella lista que impresiona porque estuvieron aun nobles y descendientes de la nobleza española, junto con patriotas criollos, quienes desde el nombre que se dieron: ‘guadalupe’, enunciaron un sentimiento nacional, una idea de patria.

El maestro historiador es maestro en el arte de escribir, otra vez lo digo. En este libro, aparte su acostumbrado escudriñamiento de documentos en torno de los prohombres de nuestra Independencia nacional: Hidalgo, en especial; pero también Morelos y Francisco Javier Mina, bosqueja retratos los cuales, no obstante su brevedad, pudieran ser semejantes a aquellas biografías amplias escritas en relación con los personajes mencionados; vienen a la memoria, el “Hidalgo, la vida del héroe” que escribiera don Luis Castillo Ledón; “la vida de Morelos”, tan celebrada, debida a la pluma de don Alfonso Teja Zabre; y ese libro *Javier Mina, héroe de España y México*, de Martín Luis Guzmán.

Las semblanzas de don Ernesto son pequeñas grandes obras, justas. Al cura de Dolores lo contempla: Hidalgo como un revolucionario auténtico, esto es, el hombre que no sólo destruye lo anquilosado y negativo, sino que sienta las bases de un orden social ms justo en un país que labra desde sus cimientos”. De Morelos, expresa: “Actitud prodigiosa de auténtico creador por la cual representa el paradigma del perfecto estadista! A más de infundir la vida a una nación, se consagra a servirla...” Y de Mina, aquel joven aguerrido venido de España a luchar por México: “Amigo de la libertad, recoge el sentido completo del liberalismo que tomó en España nombre”, dice don Ernesto y, continúa, “Hace profesión de fe liberal y coordina el sentimiento de la patria con la

universalidad de sus ideas al manifestar que él no lucha contra su patria, ya que ‘la patria no está circunscrita al lugar en que hemos nacido, sino más propiamente la que pone a cubierto nuestros derechos’. Y es que Mina había visto, primero, cómo España había sido intervenida por Napoleón y luego no tan sólo la debilidad de la monarquía española, sino la corrupta corte y el absolutismo aberrante de Fernando VII.

Temas de la Insurgencia, es otro de los importantes libros en la bibliografía y en la vida espléndidas de su autor.

Así, bibliográficamente recensiones a libros representativos del maestro Ernesto de la Torre Villar, honro su memoria.

Mi gratitud a *Humanitas*, el benemérito Anuario del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nuevo León por el espacio brindado; me complace saber, además, cómo dicha publicación fue en diferentes oportunidades, tribuna para investigaciones del propio maestro a quien recuerdo; y, de repente, abrigo también para trabajos de este discípulo suyo, el que firma; como discípulo soy, igualmente —aun fuera de aulas—, de otro nuestros queridos maestros: el Prof. Israel Cavazos Garza.